

del abad. El Cid va a visitarlos, a despedirse y a contar a su mujer—con amargura infinita—la orden del Rey:

*Véte de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no vengas más a ellas
desde este día en un año.*

El Cid se llena de orgullo con la entereza de que da pruebas Jimena al resistir el dolor de la injusticia y más todavía el que le produce la nueva separación, esta vez porque el hijo adolescente—Diego de Vivar—pide al ilustre padre un lugar en su hueste. El padre, lleno de orgullo, arma caballero al mozo. La separación es tristísima. «Llorando de los ojos» el Cid y su mujer se separan «como la uña de la carne».

Jimena queda en Cardena rezando por su esposo y educando a sus hijas Elvira y Sal, mientras el Cid se va a ensanchar Castilla. A ensanchar Castilla y a dejar en su tierra sepultado a su hijo que los moros toledanos le matan en Consuegra. La pena del Cid es inmensa y no menor la de Jimena cuando un fiel legado del esposo llega a Cardena con la triste noticia.

Durante años y años el Cid, sin apearse del caballo, continúa sus hazañas sembrando admiración y espanto en los moros a quienes combate, primero en Toledo y luego en Zaragoza. De todas partes—vasallo leal, amante, rendido y fiel cristaino—envía obsequios al Rey, a Jimena y a las iglesias burgalesas. Aunque su gloria resplandece como el sol, no ha conseguido el perdón real que tanto ansía para gozar de su familia. Ha conquistado Alcocer, Monreal, Daroca, Teruel y Cella, y ya anda por tierras catalanas combatiendo a su Conde Ramón Berenguer. Pasan más años. Jimena continúa desterrada en Cardena y ya el Campeador campea en tierras de Valencia. Sus nuevas van sonando allende los mares. Cerca de un lustro lleva sin cortarse la barba «por amor al Rey Alfonso que de tierra me ha hechado». Sólo cuando todo

el Reino de Valencia está bajo las banderas del Cid, el Rey accede a sus súplicas y permite a Jimena y a sus hijas salir de Cardena para reunirse con el conquistador. Alvar Fáñez de Minaya va a recogerlas y las conduce a Valencia. Cuando las vea el Cid—dice a Jimena—sanas y sin mal, se llenará de alegría y no tendrá pesar alguno. En efecto, el Cid recibe a su familia con un júbilo sin igual, que llena de lágrimas sus ojos, surca sus mejillas e inunda sus barbas floridas mientras las abraza a la vista de sus huéspedes, sin el menor recato de su llanto varonil y emocionante. ¡El llanto del Cid! Luego las conduce al alcázar del rey moro y las hace admirar sus riquezas y la hermosura sin par de las tierras valencianas, que su espada ha ganado.

La alegría y la paz duran poco. El Rey de Marruecos quiere reconquistar Valencia e invade su ubérrima huerta. El Cid combate a la vista de Jimena y de nuevo derrota a Yusuf, a quien captura, y mata cerca de cincuenta mil hombres, apoderándose de un botín inmenso con el que dota a las doncellas de sus hijas para que casen con sus soldados. Nuevamente el adalid manda regalos a Alfonso VI, quien esta vez, conmovido ante la inquebrantable lealtad de Rodrigo y admirado de su gloria, le manda su perdón y llama a vistas, pidiéndole a sus hijas en matrimonio para los Infantes de Carrión. Mientras el Cid camina a Castilla, su mujer y sus dos hijas quedan en el alcázar valenciano, con honores Jimena de Reina regente. Gobierna con prudencia y tino al Reino. Cuando vuelve Rodrigo la felicita y presenta a los Infantes, sus futuros yernos. Las bodas se celebran con esplendor inusitado, aun cuando por la corta edad de las doncellas, no se consumen los matrimonios.

De nuevo estalla la guerra con la morisma, y los Infantes no dan muchas pruebas de valor, por lo que dejan de ser bienquistos de los rudos guerreros cotidianos. En virtud de ello, deciden regresar a Castilla con sus esposas. Como la mujer debe seguir a su marido, Rodrigo y Jimena no pueden oponerse, aun cuando se les